

REFORMA SIGLO XXI

“EN LA TIRADA”

■ Anastacio Carrillo Guajardo, “Tacho Carrillo”*

“En la tirada”, es la forma de expresar que alguien se fue de cacería o bien que anda “en los venados” y entre este género de gente, hay cada exagerado que no se imaginan y como ejemplo voy a poner a dos de estos cazadores de venados presumiendo de sus armas, de su puntería y del tamaño de las piezas cobradas. Dice uno de ellos:

—Me acaba de mandar mi hijo, el que está en Houston, un rifle chulísimo, cortito, casi no pesa, y de un alcance “bruto” y con un miralejos con un “jodotal” de acercamiento, no te exagero que, si fuera cámara pa' retratar te sacaba una foto tamaño infantil a 800 o mil metros y los cartuchos son muy grandes pa'l tamaño del arma como un poquito más grandes que uno del cincuenta...

—Y ¿cómo no desbarata el rifle po's ha de tener mucha pólvora y ha de dar un “patadón” bárbaro, no?

—En el “instructivo” dice que trae un amortiguador, como un resorte que hace que no “arrecule” tanto y no dañe el hombro; y pa' no quedarme con la duda te voy a platicar. Tú sabes lo lejos que está de mi rancho el rancho que fue de los Ramírez, su casita casi no se ve desde ahí, nomás la lomita y como unas nopaleras; bueno, po's verás; saqué el arma del estuche —porque traí estuche— saqué un cartucho de su caja, se lo metí al cerrojo y le “encasqueté” el miralejos, nombre una chulada, lo enfoqué pa'l rumbo de la lomita y ¡no me creas! Ya cuando moví la “mira” bien centrada que la “crucecita” en el lente se veía clarita, aquello parecía un retrato como los que ponen en los calendarios que dan en las tiendas. “¡Una chulada! Las paredes y lo que queda de la casa —dicen que a los Villarreales le ha ido muy bien, que están muy ricos— Ah, te decía, la nopalera que hay cerca de la casa ta' bien grande y se

veía clarita, clarita...

—Pero cómo, compadre, si estamos hablando de casi mil metros, casi un kilómetro ¿po's cuánta pólvora cargan esos cartuchos?...

—Po's pesan más de cien gramos...

—Pero espérate todavía no acabo, cuando revisaba por el miralejos, de pronto, aparecieron unos cuernos de venado pero grandes, compadre. Pa' pronto le tumbé el seguro y le corté cartucho, hice “mampuesto” en un horcón de la cerca y me afiancé —no había probado el arma todavía y le jalé al gatillo, con todo y que traí el amortiguador ese, caí sentado del “patadón” que me dio, está “juerte” la mugre; me serené y pegué el arma otra vez, eché una ojeada pa'l rumbo y apareció otra vez la cornamenta del venadón aquel y me dije —no le di, no le pegué; las balas no llegan se “cain”, pegan antes.



*Nació en General Terán (1938). Ha trabajado como empleado del gobierno Estatal, así como de CONAFE y del INEA; sin embargo, las ocupaciones que le han dado mayores satisfacciones son la de fotógrafo, poeta, locutor, escritor y cuenta cuentos. Es autor de diversos discos y libros sobre poesía, relatos y leyendas norestenses. Es conocido como el *Cuentero Mayor*. Además, es Cronista Honorario de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales del Estado de Nuevo León.

—Pero terco, voy a afinar bien la “mira” así lo hice, metí otro cartucho y volví a disparar.

—Ora sí me “afiancé” mejor y vi que cayó el animal, estaba seguro que le había dado y me quedé viendo un rato hacia el jacal arrumbado ¡y volvió a salir la cornamenta!, ¡chin! pensé; esta mugre no sirve; de todas maneras, hice el tercer intento y me dije: —a la tercera va la vencida, y así fue: disparé, le pegué, vi que cayó y esperé; esperé y esperé y ya no salió la cornamenta; loco de gusto, ensillo el caballo; me puse “chivarras,” espuelas, sombrero y me “agilé” abriendo monte pa’ llegar más pronto, eran como las doce —mediodía— cuando partí, serían las cuatro cuando llegué y cual sería mi sorpresa... ¡Eran tres los venados! ¡Les di a los tres! Por lo que me regreso a galope tendido y uncí la yunta, pegué la carreta y agarré por el camino y llegué al amanecer por los tres venados, pero pa’ cuando llegué ya se los habían comido los coyotes; por eso lo único que logré fueron los pedazos de cuero y las tres cornamentas que están en la sala, donde cuelgo chaqueta, sombrero y otras cosas y mi rifle checoslovaco; de que es bueno, es bueno...

—Po’s mira, —dijo el otro. Mi “máuser” cañón largo “ochavado” no será checoeslovaco como el tuyo, pero a cuatrocientos pasos, balazo que tiro da en el blanco y me pasó algo parecido a lo que me platicaste. Andando por allá por la “Sierra Chiquita me convidaron a “los venados” po’s presumían que pa’ allá hay “diámadre” y po’s tenían razón pero, no es eso lo que te quería contar, éramos cuatro te voy a platicar yo, no llevaba más que mi máuser del 30 al que le mandé alargar el cañón como cuarta y media con un armero muy bueno que había en Monterrey y me quedó muy buena la “mugre”, como que sabe manejar muy bien el torno; po’s bueno, andando en eso y pa’ calar como había quedado me fui a la tirada por unos “rosaderas” que tenía tantiados desde antes en el rancho donde viven unos parientes y les enseñé el arma y me dijeron: —po’s si es la misma, qué tiene de raro—

—Ah, qué muchacho. ¡Fíjate! ¿Deveras no le notas nada diferente? ¡Fíjate en el cañón ¿no le notas nada?

—¡Ah, po’s sí! Ta’ más largo... —me dijo—

—”La acabo de mandar arreglar y vine a calarla ¿vamos a la tirada a la noche?

—Po’s nomás déjame ir a la tienda pa’ comprar carburo pa’l candil viejo, le tengo más fe que a los eléctricos, fallan mucho

—A ver si encuentras, ya casi no se consigue.

—Don Julián siempre tiene no se como le hace pero no le falla.

Hechas las vueltas y los preparativos nos preparamos pa’ irnos; ya estaba oscureciendo llegamos a un aguaje natural que se encañona en un arroyo que siempre corre a donde bajan a beber y nos pasamos toda la noche y por más que “candiliábamos” ¡nada!

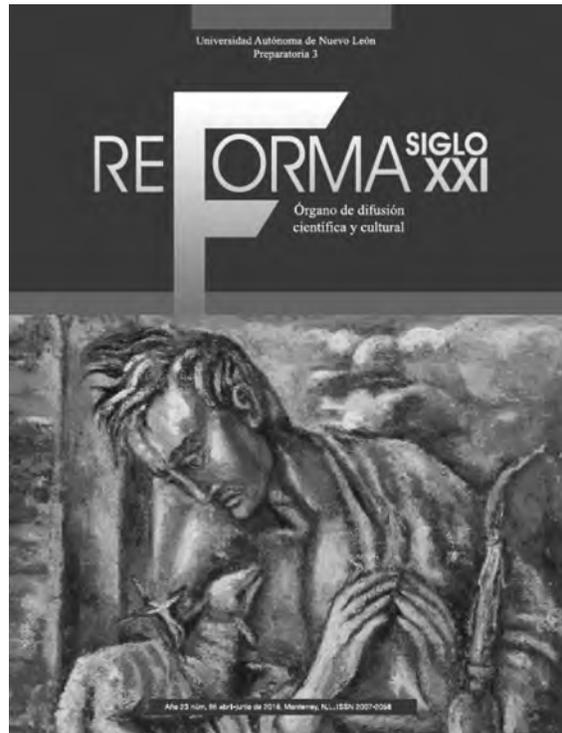
—Amanecía y ya nos alistábamos pa’ volver al rancho, cuando al otro lado del arroyo, a unos doscientos metros sobre una lomita se paró un venadón —como pa’ lucirse— distaba como a setecientos metros de donde hicimos campamento, de enfoque muy bien con el miralejos, normal, no tan especial como el tuyo y le tiré, clarito vi que le dí pero, bajar y subir los dos barrancos y luego caminar como cinco o más cuadras, estaba de pensarse, así que, regresamos al rancho, me prestaron un caballo y tuve que hacer un rodeo bien largo, yo quería saber si le había pegado al animal porque, estaba grande, con un “canastón” como de diez puntas. Por fin llegué y sí, allí estaba... ¡el puro “zurrón” forrando el esqueleto! fue tan largo el rodeo que pa’ cuando llegué... ¡ya se lo habían comido las hormigas! Los del campamento se comenzaron a burlar tildándome de mentiroso, pero ay tengo la “bota” y la cabeza, ¡tenía doce puntas, dense la vuelta pa’ mi casa pa’ que lo vean.

Aquellos amigos, comenzaron a referirse a otras hazañas como la mía una de ellas muy fantasiosa del tiempo de cuando todavía habitaban los indios por aquí, los “pames” que de acuerdo con sus creencias tenían al venado como algo sagrado. Uno de los amigos dijo: —sí mi abuelo nos relataba algo que se sabía por tradición oral en la familia, se las platico aunque no me gusta referirme a esas cosas, me da vergüenza, es algo que suena a brujería, chamanismo o no sé qué; decía que en aquellos tiempos en que el venado era venerado, el venado Dios —porque los venados también tienen Dios— castigaba a los que cazaban venados por vicio y no solo para comer y utilizar piel, huesos y todo lo posible, se transformaba en humano y reclamaba al cazador la muerte de sus hijos y que a un antecesor suyo le sucedió lo que nos relató a continuación:

—Ya había matado varios animales ese día y los días anteriores igual que ya la sangre corría como río en donde los iba colgando; de pronto, se le enfrentó un venado enorme, mansito, mansito y tomó el arco,



Revista Reforma Núm 84



Revista Reforma Núm 86

puso flecha, la pulsó, la tensó y le tiró; vio como la saeta dio en el blanco y no cayó, ni se movió siquiera, le lanzó varias más y entonces le sorprendió la transformación: aquel animal se volvió en humano y habló de esta manera: —Hijo mío, mucho me has herido matando a mis hijos y vas a tener que reponérmelos.

—Pero, ¿cómo? Dijo el cazador.

—Ya habrá manera, lo convirtió en venado y su familia lo dio por desaparecido; uno de sus hijos siguió la tradición familiar, se hizo cazador y allá como a los diez años, se topó con un venado muy cansado, con una gran cornamenta y se dispuso a acabar con él. Entonces, el venado le habló:

—No me mates, soy tu padre, el Dios de los venados me transformó, de momento, no creía pero le relató cosas muy íntimas entre ellos que se convenció y lo llevó a su casa y su esposa también lo aceptó y por temporadas se iba al monte a seguir reponiendo a los animalitos que había matado hasta completar cada uno de los que debía hasta completar y poder volver a la figura humana.

Pasaron otros años y un día, vieron a un anciano, desnudo, desnutrido y triste, sosteniéndose con una burda rama a manera de bastón que caminaba hacia la casa, el joven cazador salió a su encuentro y lo primero que le dijo fue lo siguiente:

—Ya no salgas a cazar, algunos son tus hermanos como son todos los animalitos de la tierra y si nos es permitido matarnos entre sí es por fuerza mayor

Esta es la leyenda que se narra entre los pames y otras etnias por estos rumbos del norte de México. Curiosa leyenda que nos dejó impresionados de tal manera que dos cazadores se negaron a ir a “la tirada” esa madrugada, por lo que yo también me quedé a hacer campamento.

Estas y muchas historias hay de cacería y pesca, con exageraciones y presunciones mentirosas como el que cazó un tigre “de bengala” saliendo de Terán de 6 metros ¡de ancho! O el que pescó un marlín que la pura sombra ¡pesaba 7 kilos!

Así por el estilo.